

## SOLO UNA HORA

## Un cuento corto de Juan del Solar

Dime, barquero: ¿Por qué debo cruzar estas oscuras aguas a bordo de tu barca, acompañado de ese perro en cuyas pupilas arden destellos infernales? ¿Por qué estoy en la bóveda tenebrosa donde nos encontramos, al borde de la ribera de este río turbio y silencioso... ?

¿Existes o eres sólo un desvarío de mi imaginación?

No creo estar loco... Aunque he vivido en un corto tiempo tantas cosas disparatadas y absurdas, no creo que mi mente desvaríe. Recuerdo todo con perfecta claridad... Todo, menos por qué estoy aquí. ¿Me lo revelarás si te explico lo que me ha sucedido?

¿No contestas...?

No importa... Te relataré aunque no quieras oírlo, o porque ya lo sabes, lo que me ha pasado. Quiero además romper con el sonido de mi propia voz este silencio que me oprime: Escucha, barquero, mi vida ha dado un vuelco brutal en los últimos dos días, pero la causa es antigua. Se encuentra en mi juventud, en aquel tiempo en que alimentaba tantas vanas ilusiones acerca del mundo y de mí mismo.

Era pobre, pero ambicioso, y mi situación de modesto oficinista en una rica empresa me frustraba enormemente. Sin embargo, no viendo otra alternativa, continuaba en mi insignificante puesto observando con despecho la opulencia y arrogancia del propietario y de sus hijos.

Una víspera de Año Nuevo, Andrés, un estudiante de la universidad con quién había trabado amistad por ser ambos aficionados al ajedrez, me invitó a una fiesta estudiantil.

La hija del dueño de la empresa donde yo trabajaba estaba allí y mi amigo me la presentó. Pensó ella que yo era un estudiante, y la dejé con esa idea. Cristina era fea y de un carácter altanero que muchos encontraban desagradable. Sin embargo, por alguna razón ignorada, se mostró amable conmigo.

Respondí su simpatía con mil atenciones, que sumadas al baile, al vino, y al calor de nuestra juventud, nos hicieron inseparables durante toda la fiesta.

Al finalizar ésta, la llevé a mi habitación donde hicimos el amor hasta quedar rendidos. Era una ninfomaníaca insaciable que me enseñó a practicar con ella todas las imaginables posiciones que había aprendido que sé yo donde o con quien.

A la mañana siguiente, mientras bebíamos una taza de café, le dije que no era un estudiante, sino un empleado de su padre. Riéndose me respondió que le daba igual, que no le importaba, que quería seguirme viendo, fuera como fuera.

Me pidió una llave de mi departamento y desde aquel día comenzó a venir frecuentemente a mi habitación donde metida en la cama, esperaba que llegara del trabajo para saltar desnuda sobre mí y arrancarme la ropa del cuerpo.

Sin volver a la cama, yo de pie y ella arrodillándose en el suelo, me cogía la verga entre sus labios y me la chupaba mientras se masturbaba con desesperación. Sólo después de gozar de un violento orgasmo que la hacía gemir de placer, permitía que nos acostáramos para seguir follando.

No sentía amor por ella, pero cuando la penetraba me semejaba estar follando a su entera familia, a su padre, a su madre y a sus autoritarios hermanos. Mi pene era una espada que se clavaba en cada miembro de esa arrogante familia.

No creo que Cristina tampoco tuviera amor por mí. Sentía sólo lascivia, un deseo de placer sexual insaciable. Hubiéramos podido seguir así un largo tiempo, hasta algún día habernos hastiado mutuamente, pero como la ciudad donde vivimos es pequeña, alguien que nos espío se lo comunicó a su familia. Al día siguiente fui despedido abruptamente de mi trabajo y amenazado con iniciarme un juicio por seducción de una menor en caso que me atreviera a protestar o a pedir compensación.

A Cristina la obligaron a partir de inmediato a Inglaterra, donde residían unos familiares suyos, a fin de impedirle que volviera a verme. Como aún le faltaban unos meses para cumplir su mayoría de edad, se vio obligada a obedecer.

Sin deseos ni medios para seguirla, comencé a buscar un nuevo empleo, para lo que tuve que trasladarme a una lejana ciudad. La única persona de la que me despedí el día de mi partida fue Andrés, el estudiante a través de quien conocí a Cristina. Era un buen amigo y continuamos comunicándonos por correo. Así fue como un día me escribió contándome que había recibido carta de Cristina pidiéndome mi dirección y que él se la había enviado sin consultarme, ya que sabía que éramos amigos.

Poco después recibí carta de ella diciéndome que apenas cumpliera su mayoría de edad regresaría al país para casarse conmigo, sin importarle la resistencia de su familia. No tenía ningún deseo de casarme, y menos con Cristina, pero neciamente pensé que esa sería la mejor manera de vengarme de su padre y sus hermanos.

Continuamos escribiéndonos y pocos meses más tarde, celebramos a su regreso nuestra boda en una sencilla ceremonia, Andrés y su novia como únicos huéspedes y testigos.

Cristina no tenía dinero. Su familia le había cortado acceso a su cuenta bancaria luego que se entero de su oculto regreso y de nuestra boda. Usando mis escasos ingresos nos instalamos en un par de modestos cuartos amoblados donde nuestra única entretenimiento era follar cada momento que mi trabajo nos lo permitía y fue previsible que, pasados algunos meses, al palidecer la novedad sexual, comenzó Cristina a lamentarse de la frugalidad y monotonía de nuestra existencia y a hacer comparaciones odiosas con la vida que antes disfrutaba.

No me sorprendí demasiado. Para mí había sido claro desde el principio que una mujer vana, mimada y poco inteligente como ella, una vez pasada la euforia inicial y la sensación de gustar de lo prohibido, al verse confrontada con las privaciones de quien no ha nacido rico, se daría cuenta del error que había cometido al casarse conmigo.

Me pidió que le escribiera a su padre rogándole que nos perdonara, pero me negué a hacerlo, no tanto por rencor o por orgullo, sino por el justificado temor de un violento rechazo.

Al cerciorarse que no sería yo quien iniciaría un acercamiento con su familia, decidió un día afrontar ella misma la cólera de su padre y partió a visitarlo. Estuvo ausente una semana, al cabo de la cual volvió acompañada de mi suegro y ex patrón quien, de mala gana, venía a ofrecerme un puesto en su empresa.

Rehusé al principio, pero mi ambición pudo más que mi pretendido orgullo al oír que mi suegro me ofrecía nada menos que un cargo de director en su firma. Imaginándome poder verme en un plano de igualdad con mis cuñados, acepté su ofrecimiento sin poner condiciones y pensé, en mi vanidad y estupidez, que ése sería sólo el primer paso en el camino que me conduciría a la riqueza y a una buena posición social.

Regresamos a la ciudad donde vivía antes cuando trabajaba en la firma de mi suegro y nos instalamos en un cómodo apartamento contiguo a los edificios de la empresa.

Cristina no cabía en sí de felicidad. Ahora que tenía de nuevo el dinero y la atención de su padre y de sus hermanos, se reanudaron en ella las exigencias sexuales con las que me confrontaba noche y día.

Desafortunadamente las esperanzas que yo tenía de un futuro mejor se deshicieron de un golpe al darme cuenta que mi cargo de director no era más que un cascarón vacío, una farsa que no engañaba a nadie.

Un chiste del que gozaban mis cuñados. Mi suegro dejaba el manejo de la firma totalmente en manos de sus hijos, y éstos, especialmente Raúl, que me odiaba por una razón que sólo mucho más tarde comprendí, me permitían realizar sólo tareas nimias y rutinarias, aún más insignificantes que las que desempeñaba en mi antiguo puesto. Me despreciaban, me trataban como a un intruso, un caza fortunas, y me sometían a constantes humillaciones, para hacerme pagar la audacia de haberme casado con su hermana.

¿Te preguntarás por qué no abandoné de inmediato ese lugar de oprobio y de vergüenza...?

Solamente porque mi ambición y mi tozudez todavía me hacían pensar que la situación cambiaría algún día y que terminaría por imponerme y lograr una situación de igualdad con mis cuñados.

Cuando finalmente perdí esas ilusiones y le comuniqué a mi mujer mis deseos de abandonar esa humillante situación, ella, temerosa de perder de nuevo sus lujos y comodidades, declaró que si me iba, debía hacerlo solo. Ella no me acompañaría.

No amaba a Cristina y sabía que ella me despreciaba, pero irnos juntos hubiera significado tener un medio de obtener dinero de su padre ya que, habiendo gustado la vida de los ricos, la idea de volver a vivir la vida de un empleadillo pobre me era también a mí inconcebible.

Poco más tarde comprendí la gravedad de su desprecio cuando abandonó nuestro dormitorio común para instalarse en su propia habitación a fin de reanudar la relación incestuosa que tenía desde su infancia con Raúl, la que sólo se vio interrumpida durante el tiempo de nuestra pasión sexual.

Seguí aguantando esta denigrante situación porque el viejo hipócrita de mi suegro, obligado a permanecer en cama debido a una grave enfermedad, comenzó a servirse de mí, confiándome cada negocio sucio que le llegaba a las manos, negocios sucios que realizaba antes él mismo secretamente y que no deseaba dejar en manos de sus hijos para no comprometerlos. Además me había prometido a cambio de mis servicios dejarme una cierta suma de dinero en su testamento.

Pero a la muerte del viejo, la lectura de su testamento me hizo saber que se había burlado de mí una última vez. Ni siquiera mencionó mi nombre en sus últimas disposiciones. Como si no existiera...

Con la garganta oprimida de rabia y resentimiento, abandoné la sala donde se leyó el documento seguido por las miradas burlonas de mis cuñados y la no menos burlona de mi mujer, la que había sido bien favorecida. Amargado, fui a encerrarme en mi escritorio, a solas con la cólera que me provocó la ingratitud de mi suegro, y con el temor que ahora fuera Cristina la que me arrojara de su lado.

Sin embargo no lo hizo... No sólo porque en su esfera social era mal visto divorciarse, sino también porque ella, la pequeña de la familia, siempre dependiente e inferior a sus hermanos, necesitaba a su vez un pelele, un monigote de quien burlarse, a quién menospreciar.

Al realizar de que nada cambiaría en mi vida, decidí de una vez por todas alejarme de mi esposa y su familia. Pero para realizar este deseo necesitaba dinero. Mis ímpetus juveniles se habían desgastado y me sentía demasiado agotado para iniciar una nueva existencia basada en la lucha y el trabajo.

Conocedor que Raúl guardaba grandes sumas en efectivo en una caja fuerte en su oficina, nació en mí la idea de apoderarme de ese dinero. Me procuré secretamente una llave de la oficina donde estaba la caja y, al quedar solo el edificio por las noches, entraba y manipulaba la combinación esperando descubrir su secreto, pero sin lograrlo nunca.

Un día de invierno en que me había quedado hasta muy tarde en mi despacho, reflexionando amargamente sobre la futilidad de mis esfuerzos, tan deprimido y desalentado que había comenzado a considerar la posibilidad de suicidarme, sucedió algo inesperado.

Era casi medianoche. Llovía a torrentes y un fuerte vendaval azotaba las viejas murallas del edificio, haciendo vibrar los ventanales. Traté de leer algo para esquivar mis lúgubres pensamientos, pero hacía frío en la oficina. El portero había apagado la calefacción al cerrar el edificio por la noche.

Decidí entonces volver a tratar de forzar la caja fuerte y busqué la llave que tenía oculta en un cajón de mi escritorio. Me puse el abrigo, apagué la luz y salí, encaminándome por el pasillo hacia la oficina de Raúl, pero al llegar ahí vi que había luz en la habitación. La puerta estaba entreabierta y entré sin golpear, creyendo encontrar al portero ejecutando alguna faena rutinaria. En cambio vi a Raúl, sentado frente a la abierta caja fuerte, contando y ordenando montones de billetes sobre una mesita metálica.

Se sobresaltó al oírme entrar, pero al verme se dibujó una sonrisa despreciativa en su gorda cara de cerdo y me volvió la espalda, ignorando mi saludo, como si fuera un perro el que hubiera entrado.

El rencor y la rabia que sentía se adueñaron de mí de tal modo que, sin pensar en lo que hacía, cogí un pesado cenicero de cristal que yacía sobre el escritorio y se lo rompí contra el cráneo.

Cayó de la silla en que estaba sentado azotando la cabeza contra la mesa metálica y desparramando los montones de billetes que había ordenado tan cuidadosamente.

Me quedé aterrado por mi espontánea acción y mi primer pensamiento fue huir, desaparecer antes que se recuperara del golpe y llamara a la policía.

Tratando de calmarme me arrodillé a su lado y vi que el golpe le había abierto el cráneo. La sangre y los sesos le manaban de la herida manchando la fina alfombra y los billetes esparcidos por el suelo. Me incliné sobre él y le tomé el pulso... Estaba muerto...

Experimenté una euforia de borracho y creo que si aún hubiera estado vivo, recordando las ofensas y humillaciones sufridas a manos de él y de los suyos, lo hubiera seguido golpeando hasta matarlo.

A pesar de todo este pensamiento me hizo estremecer y, evitando pisar el charco de sangre, recogí todos los billetes, hasta los manchados de sangre. Luego saqué el dinero de la caja y llenándome los bolsillos del traje y del abrigo apagué la luz y cerré la puerta de la oficina con la llave que poseía.

Al salir del edificio el impacto del frío y de la lluvia me serenaron, haciéndome reflexionar. Debía huir de inmediato. El cadáver no sería descubierto hasta el día siguiente y, para entonces, tendría que estar lejos. Sabía que mi mujer y su hermano harían todo lo posible para hallarme, costara lo que les costara, no sólo para tomar venganza de la muerte de Raúl, sino para darse el placer aplastarme como a un gusano.

Odiaba a ambos y al imaginar la expresión de sus caras estúpidas cuando vieran al cerdo, revolcado en su sangre, frente a la vacía caja fuerte, me provocó una risa histérica que controlé con gran esfuerzo. No quería arriesgarme a atraer la atención de nadie antes de llegar a mi cuarto.

Ya en mi dormitorio me lavé las manos que tenía cubiertas de sangre y me cambié ropa. Guardé el dinero en un maletín y me dispuse a partir calladamente haciéndome el propósito de no darles jamás el placer de encontrarme, ni a mí ni a su dinero. Salí a la calle y caminé rápidamente hacia la Avenida de la República donde tomé un taxi que me llevó al aeropuerto.

Quería partir al extranjero, pero al tratar de obtener un pasaje comprobé con angustia que había olvidado en mi dormitorio mis documentos de identidad.

Como volver a buscarlos era imposible, resolví tomar un vuelo nacional a alguna ciudad a cientos de kilómetros de distancia donde, bajo un nombre falso, podría planear tranquilamente mi futuro.

Logré dormir algunas horas durante el largo vuelo, aunque mi sueño fue turbado por espantosas pesadillas en las que Cristina, manchada de sangre, se abrazaba a mí, sofocándome. Al tratar de librarme de su terrible abrazo veía con terror que no era Cristina, sino Raúl el que me asía, sujetándome con dedos de acero y vertiendo sobre mí la sangre que manaba de su horrenda herida.

Enfermo, afiebrado, debilitado por mis lúgubres sueños, desperté en la madrugada al aterrizar el avión en el aeropuerto de una ciudad desconocida, al otro extremo del país.

Permanecí todo el día en la habitación del hotel al que me condujo el taxista y, sólo por la tarde, cuando bajé al comedor, me enteré que la casualidad me había llevado al único sitio del país donde se permitían los juegos de azar. Al oír esto, yo que nunca en mi vida había jugado ni siquiera a la lotería, fui presa del insano deseo de probar mi fortuna a la ruleta.

Era casi medianoche cuando entré al casino con el maletín repleto de billetes, toda mi fortuna. Una hora después, fuera de un par de notas que olvidé en un bolsillo, nada me restaba.

Anonadado, salí del casino y me fui a vagar sin rumbo fijo por la ciudad. Mis pasos atolondrados me llevaron por un enredo de calles hasta un edificio con una gran entrada frente a cual esperaban varios taxis con letreros luminosos encendidos. Era la estación del ferrocarril.

Sin una razón especial, entré a la vasta sala, desierta a esas horas, y deambulé por ella hasta encontrarme frente a un cartel iluminado que anunciaba las llegadas y salidas de los trenes.

A la vista de esa ordenada tabla de horas y destinos, recuperé en algo la lucidez y formé en mi mente el plan de mi escape final, definitivo... Moriría a las 4:35 horas de aquella oscura mañana de invierno, triturado por las ruedas del expreso.

Al tomar esta decisión sentí como si mi corazón se aliviara de un peso abrumador. Una estúpida alegría reemplazó la desesperación y el desaliento que sentí al ver desaparecer mi fortuna sobre la mesa de



juego. Me sentí tan liviano, tan contento, que resolví volver al casino y jugar los pocos pesos que restaban olvidados en un bolsillo de mi abrigo.

¿Para qué guardarlos?

El gran reloj que colgaba sobre la barra señalaba las dos de la mañana cuando entré al bar del casino.

La caminata me había reseca la garganta y deseaba beber algo antes de volver al cuarto lleno de humo donde se encontraba la ruleta.

Pensé que fuera del camarero no había nadie en el local cuando me di cuenta que en uno de los grandes sillones de cuero alineados contra la pared dormía un hombre, un jorobado flaco, enclenque, que roncaba espasmódicamente mostrando sus dientes negros y podridos. Unos gruesos lentes con marco de metal se le balanceaban sobre la picuda nariz, tras los cuales los ojos, aunque cerrados, aparecían abotagados y enfermos. Era una figura desagradable, repelente. Sin embargo, a pesar de la repugnancia que me provocaba, me quedé un instante parado frente a él, observándolo, como fascinado.

Meforcé a apartar la vista del repulsivo jorobado y me acodé en el bar, tratando de olvidarlo. Sin embargo, al ver reflejada su figura en uno de los grandes espejos que cubrían el muro tras los estantes repletos de vasos y botellas llenas de finos licores, me pareció ver una horrible araña aprisionada en una caja de cristal. Estremeciéndome me levanté del taburete donde me había instalado y, sin beber de la copa que el barman había puesto frente a mí, me alejé en dirección de la sala de juegos.

Alrededor de la mesa de ruleta nada parecía haber cambiado. Nadie hablaba. Nadie sonreía.

En el aire colgaba un fuerte olor a perfume, a humo, a sudor y a desesperación. Caras pálidas de hombres y mujeres observaban con ansiosos ojos el girar de la rueda que les traería gozo o infortunio. Manos nerviosas de dedos exangües tamborileaban sobre el tapete, o acariciaban las fichas con avaricia senil antes de atreverse a dar el terrible paso y lanzarlas sobre algún número.

Ingenuamente pensé al entrar que alguno de los jugadores me haría un gesto de complicidad, de camaradería, simplemente por haberme visto perder en un par de horas tal enorme cantidad de dinero, pero nadie, ni siquiera el banquero, pareció reconocerme.

La indiferencia de esa gentuza me abrumó y, lleno de despecho, me senté en algún lugar junto a la mesa donde permanecí inmóvil, contemplando el girar de la ruleta.

Al cabo de unos minutos, sin molestarme en comprar fichas, lancé el resto de mi dinero sobre un número cualquiera. El resultado fue el previsto. La nueva pérdida no acrecentó mi fastidio.

Me quedé sentado, inerte, con la mirada clavada en la rueda que giraba y giraba, indiferente a todo, oyendo como si fuera a la distancia, las llamadas del banquero y el entrechocar de las fichas.

No sé cuanto tiempo permanecí en esa especie de sopor, porque cuando levanté la vista de la ruleta y pude percatarme nuevamente de lo que sucedía a mi alrededor, me di cuenta que el jorobado, el repugnante tipo que había visto en el bar estaba ahora entre los jugadores.

Se había sentado justo frente a mí, quieto, con la vista fija en las hileras de números, como preguntándose donde poner el dinero que sostenía entre sus dedos huesudos. Al verlo tan cerca, experimenté nuevamente tal asco y repugnancia que intenté levantarme de la silla para abandonar la sala, pero las piernas no me obedecieron y me vi forzado a permanecer frente a él, inmóvil, como petrificado.

El hombrecillo dejó caer sus billetes sobre un número cualquiera y se quedó esperando, los ojos miopes clavados en la mesa. La rueda se detuvo y el banquero empujó un puñado de fichas hacia su número...  
¡Había ganado!

Pensé que recogería sus ganancias, pero dejó todo sobre el mismo número.

¡La ruleta giró dos, tres, cuatro veces más, y cada vez el mismo número!

Los otros jugadores comenzaron a observar al hombre que permanecía extático, sin mover un músculo, sin retirar ni una ficha del enorme montón apilado frente a él. Su número volvió a ganar, provocando esta vez un frenesí entre los que deseaban participar de su fortuna apostando al mismo número.

No pude menos que pensar que me había comportado como un idiota al tirar tan precipitadamente mis últimas monedas. Si hubiera esperado podría participar también, como los otros, de la fortuna del enclenque. Sin embargo, el mero pensamiento de asociarme en algo con ese hombre me resultó tan horrible que me sentí enfermo.

Reuniendo esta vez todas mis fuerzas, logré pararme del asiento, pero al hacerlo, derribé sin querer la silla al suelo. En el tenso silencio que reinaba en ese momento en la sala, el ruido de la silla al caer se oyó como la explosión de una bomba.

Atraído por el estrépito, el hombre dio por primera vez señales de vida, y levantando los ojos me miró. Sus ojos miopes se dilataron tras los gruesos lentes y una horrenda mueca contrajo sus facciones.

Llevándose las manos a la garganta como si se ahogara, se levantó de su asiento volviendo los ojos hacia los grandes espejos que cubrían el muro. Lo que en ellos vio no lo sabrá nadie jamás... Arañando el cristal con sus crispados dedos cayó al suelo donde quedó inmóvil. Un jugador que declaró ser médico lo examinó... Había muerto.

Reclinándome contra el muro de la sala de juegos experimenté por un momento una absurda satisfacción, que fue reemplazada de inmediato por una desesperación aún más absurda.

Ese hombre, al que no le quedaba más de una hora de vida cuando entró a la sala, ganó en esos minutos una fortuna inmensa, mientras que yo, que podría vivir aun muchos años, moriría en algunas horas despedazado por un tren.

¡Qué ironía más cruel la del destino!

¡Cómo cambiaría mi suerte si pudiera hacer retroceder el tiempo tan sólo una hora!... Hasta el momento en que vi a ese repugnante hombre en el bar, minutos antes de perder mi últimos centavos.

Yo, el escéptico, el ateo, comencé a implorar a Dios por el regalo de una hora... Y al no sentirme escuchado, yo, que me reía de las supersticiones, comencé a implorarle al demonio, a ofrecerle mi alma a cambio de una hora. Si pudiera retornar sesenta minutos en el tiempo, me quedaría en el bar vigilando a ese hombre. Ignorando mi asco, no me separaría de él, lo seguiría hasta la sala de juegos, jugaría al mismo número, ¡y ganaría!... ¡ganaría!..., pero no para morir como ese repugnante idiota, sino para vivir...¡Para vivir!...

Mi mente desvariaba..., yo ya no era yo, sino un salvaje implorante que aullaba ante unos oscuros dioses para que le devolvieran lo perdido..., para que le dieran lo imposible.

La perturbación de mis sentidos se hizo tan intensa que perdí toda noción de realidad.

La sala de juego, la gente y las luces se esfumaron y sentí que mi cuerpo descendía en un agujero oscuro y silencioso, en una sima sin fondo ni final.

Permanecí una eternidad en el fondo del abismo, hasta que el sonido insistente de una voz comenzó a traerme lentamente a la realidad... Era el camarero del bar que sacudiéndome suavemente, me preguntaba si me sentía bien....

Me encontré reclinado en uno de los sillones de cuero y sin poderme figurar como había vuelto al bar, le respondí que sí, que me sentía bien, que no se preocupara. Tranquilizado, volvió a su puesto tras la barra y cogiendo la revista que había abandonado, se sentó a leer sin prestarme más atención.

Traté de recapacitar sobre lo acontecido, pero sin lograr atar ni un cabo... Aparentemente perdí el conocimiento en la sala de juego y me sentaron sobre un sillón en el bar para que me repusiera. Era extraño algo así, de todos modos, y pensé por un momento averiguar del camarero lo que me había sucedido, pero al verlo tan absorto en su lectura, abandoné la idea.

Al fin y al cabo lo pasado, pasado. Nada importaba ya sino cumplir lo que me había propuesto en la estación del ferrocarril y pensando que debía faltar menos de una hora para ir al encuentro del expreso de las 4:35, eché una ojeada al reloj que colgaba sobre el bar...

Las dos de la mañana...¿Qué?...¿Las dos?...¡Imposible!...

¡Tienen que ser por lo menos las tres!...

Miré mi reloj pulsera... Las dos.

Temblando, metí la mano en el bolsillo... Sentí el crujido de unos billetes... Los quinientos pesos...

¡Aún tenía los quinientos pesos!

¡Mi deseo se había cumplido!... ¡No, no era verdad, sólo soñaba...! ¡No podía creerlo!...

Después de un momento me eché a reír frenéticamente, pensando que si no era solamente un sueño, alguna potencia divina o maléfica me había concedido el imposible deseo de regresar una hora en el tiempo para probar de nuevo mi fortuna.

El camarero me miró inquieto, alzando los ojos de su revista. Dominándome, miré a mi alrededor, buscando con la vista al jorobado, pero, fuera del camarero, era yo el único en el bar.

Recién entonces comencé a reflexionar y, calmándome, comprendí la realidad... El episodio de la sala de juego era sólo un sueño, una pesadilla que tuve cuando, agotado por mi vagabundeo por las calles de la ciudad, me senté en uno de los sillones al llegar al bar y me quedé dormido. No había otra explicación posible...¡El asqueroso tipo no existía!...

Todo el episodio no fue sino una visión causada por mi cerebro exacerbado; por mis nervios gastados por las emociones sufridas en las últimas horas... ¿O era una premonición?...

Tenía grabado en mi mente el número que había jugado el hombre aquel... Podía ver claramente como la pila de fichas y monedas lo iba cubriendo paulatinamente, creciendo a cada vuelta de la ruleta...

¡Eso es, era una premonición destinada a salvar mi vida, retornándome la fortuna perdida o, todavía mejor, acrecentándola!

Eufórico, me levanté del sillón para dirigirme al salón de la ruleta, pero al caminar por el largo corredor que unía al bar con la sala de juegos, noté que mi cuerpo no funcionaba como de costumbre. Me era difícil respirar y tenía las piernas pesadas, como si fueran de plomo. Mi visión era turbia y el corredor parecía ser un túnel, iluminado débilmente por lejanas luces.

Jadeante, extenuado, llegué por fin a la sala de juego donde me desplomé sobre la única silla vacía, incapaz de ver otra cosa que el verde tapete donde el fatídico número de mi sueño parecía destacarse con una luminosidad propia. Luego, casi temiendo no encontrarlos, busqué los billetes en el bolsillo de mi chaqueta y cogiéndolos, los arrojé sobre el número donde mi fantástico jorobado encontró fortuna y muerte.

El banquero exclamó con voz monótona: “Rien ne va plus!” y volteó la ruleta, lanzando la bolita.

Unos segundos después, anunció el número ganador: ¡El mío!... Era la primera vez que ganaba en esa terrible noche.

A pesar del cambio de mi fortuna, no experimenté ninguna emoción extraordinaria... Me parecía tener, en lugar de sangre, agua en las venas. Un agua helada que me paralizaba y me impedía todo movimiento.

El banquero cantó de nuevo mi número, y de nuevo... y de nuevo..., hasta que perdí la cuenta de las fichas apiladas frente a mí, y aunque me aterraba la posibilidad de que una vuelta de la rueda se lo llevara todo, mis manos laxas, sin fuerzas, no eran capaces de movimiento alguno.

La suma que reposaba sobre el número excedía con creces todo lo imaginable, todo lo esperado. Debía retirarla... ¡ahora mismo!... antes que el destino me jugara una mala pasada.

Mas en el momento en que creí poder forzar mis músculos a obedecerme, oí un brutal estruendo que me estremeció. Alcé los ojos y pensé por un instante verme reflejado en un cristal, pero no... ¡No era una reflexión la que veía!... La persona que fijaba su mirada en mí con una expresión odiosa, terrible, era yo mismo. Creyendo alucinar, volteé los ojos hacia la pared cubierta de espejos y sentí que el aire me faltaba. La luna me devolvió, no mi imagen, sino la imagen asquerosa del lisiado.

El mundo comenzó a girar a mi alrededor. Oí un extraño ruido como el pitido de un tren o un coro lejano de burlonas carcajadas y una espesa oscuridad me envolvió... Una oscuridad que sólo perforaban las luces de un tren, aproximándose...

Después, siglos después... ¿O fueron sólo minutos?... una fuerza extraña se apoderó de mí y me condujo, a través de parajes de sombras, hasta este río...

Hasta este oscuro río, barquero, en cuya ribera divisé al llegar, dos lóbregas figuras...

Tú y tu perro...

Esperándome...